

VIOLACIONES
A LOS DERECHOS HUMANOS:
UN DIAGNOSTICO

Mariclaire Acosta

Quisiera abordar el tema con un señalamiento que me parece una extraña casualidad pero que da mucho para reflexionar. Hace exactamente 35 años, los mismos que cumple la Declaración Universal de los Derechos Humanos, George Orwell, el afamado novelista inglés, publicó su novela, *1984*. En esta obra maestra de la literatura contemporánea, describe un mundo empobrecido y dividido por la guerra permanente y sin tregua entre tres grandes superpotencias. Las necesidades de esta guerra obligan, en el relato, a estos Estados a ejercer un control absoluto sobre sus respectivas poblaciones. Se trata de sociedades totalitarias en donde un gobierno todo poderoso somete por completo a la ciudadanía mediante la vigilancia policiaca permanente, la indoctrinación absoluta y los operativos de represión clandestinos. En suma, en estas sociedades que nos pinta Orwell no hay disidencia posible. Todo intento de resistir al orden establecido es destruido de raíz.

Curiosamente, al mismo tiempo que aparecía la novela de Orwell con su visión apocalíptica tan particular, las naciones del mundo, reunidas en el seno de una nueva organización para la paz, redactaban la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Sus autores tenían fresca en la memoria los horrores de una contienda como fue la Segunda Guerra Mundial, en la que el genocidio parecía haber quedado establecido firmemente como forma de dominación y relación entre gobiernos y pueblos. En el ánimo de todos estaba la convicción de que nunca más debería repetirse la historia reciente de la humanidad. Para ello, era menester recoger en esa Declaración toda la tradición de lucha de los pueblos para asegurar su dignidad humana desde siglos atrás. Los países firmantes del documento, la totalidad de los que integraron las Naciones Unidas, se comprometían, por ese solo acto, a respetar y promover la observancia de los derechos humanos en el mundo entero.

Así, en el año de 1948 convergían, en la novela de Orwell y en la Declaración Universal, dos visiones del mundo. Una, que en forma fantástica recogió las terribles experiencias recientes de la humanidad para proyectarlas hacia el futuro en un cuadro aterrador por su verosimilitud, y la otra, en la que predominaban el optimismo y la acción afirmativa. En la novela de Orwell, se desnuda el poder y se ponen al descubierto sus aspectos más repugnantes. En la Declaración Universal de los Derechos Humanos se recoge la otra vertiente de la política: su sentido ético, su deber ser. En otras palabras, su mejor parte.

No quisiera, al señalar esta curiosa coincidencia, precipitar alguna conclusión. Mucho menos crear la impresión de que las predicciones de Orwell estén por cumplirse ahora que se vive el año 1984. Ciertamente, sus descripciones son aplicables a la realidad imperante en varios países del mundo. Sin embargo, ese estado de represión absoluta que tan vívidamente pintó, dista bastante de reproducirse a nivel universal; pero, tampoco se ha logrado la total implantación del contenido de la Declaración. Lo cierto es que ambas tendencias —la destructiva y la afirmativa— siguen vigentes treinta y cinco años después.

Orwell tenía mucha razón: el terror campea, en mayor o menor grado, en muchas partes; pero también habría que decir que con un vigor nada despreciable, la Declaración Universal de los Derechos Humanos ha contrarrestado, y cada vez más poderosamente, las políticas deliberadas de represión impuestas aún por muchos gobiernos tanto dentro como fuera de sus territorios.

Durante las últimas tres décadas hemos presenciado un despertar de la conciencia universal por los derechos humanos. Cada vez es mayor la presión popular para que éstos sean observados y respetados en todos los ámbitos de la vida social. Prueba de ello son el crecimiento sostenido de las diferentes agrupaciones organizadas para su de-

fensa, o bien, el hecho de que un puñado de mujeres enlutadas que jueves a jueves se reunían en silencio frente al Palacio de Gobierno, como acontecía en la Argentina militar durante largos años, haya tenido la fuerza para influir en un proceso de retorno a la vida constitucional como el que vive ese país en estos momentos. Es cierto, los derechos humanos se han convertido en un valor central para el mundo contemporáneo, y esa es una conquista de la humanidad entera.

Sin embargo, si el problema del respeto y la observancia de los derechos humanos constituye actualmente uno de los ejes más importantes del proceso político en las sociedades contemporáneas, es porque ciertamente no son respetados ni observados en su totalidad por casi ningún gobierno. Esta es la verdadera razón por la cual son un reclamo casi universal. Si nos detenemos solamente a considerar los datos relativos al respeto de los derechos humanos llamados políticos y civiles, por cierto, indisolublemente ligados a los demás, podemos empezar a tener una idea de cuáles son los abusos más frecuentes que enfrentamos los hombres y mujeres de esta década.

La discrepancia política es una de las conductas más reprimidas en muchos países, independientemente de sus ideologías y sistemas políticos. La mayoría de las fuerzas de seguridad que actúan en buena parte del mundo de hoy, parecidas en casi todo a las de la novela de Orwell, tienen poderes amplios para detener, con argumentos políticos y jurídicos, a cientos de miles de individuos en casi la mitad de los países que forman parte de la ONU. Cualquier actividad puede servir de justificación para el encarcelamiento por motivos políticos: asistir a una reunión, escribir una carta, expresar una opinión contraria a la prevaleciente, pertenecer a un grupo étnico minoritario, o simplemente, estar emparentado con algún opositor al régimen.

Existen decenas de miles de prisioneros políticos en el mundo, la mayoría de ellos han sido encarcelados sin cumplir mínimamente con los ordenamientos legales vigentes en sus países. Muchos de estos prisioneros son sometidos a la tortura como procedimiento rutinario: se tiene información fidedigna de que por lo menos en cincuenta países, signatarios todos de la Carta de las Naciones Unidas, ésta se practica ampliamente; esto es, en uno de cada tres países miembros de la Organización. Como en la novela *1984*, la práctica de la tortura no es una patología individual, sino una política deliberada de gobierno, aplicada

por especialistas y asesorada por médicos y otros expertos.

Los nazis inventaron una práctica que se creyó exterminada después de la última guerra mundial: la detención-desaparición. Esta, lejos de haberse diluido, resurgió en algunos países a finales de la década de los sesenta, y ahora se aplica extensamente en todas las regiones del mundo. Sólo en América Latina se calcula que han desaparecido alrededor de 90 000 personas secuestradas por fuerzas de seguridad oficiales y paraoficiales. Muchos países asiáticos y africanos han aprendido la técnica de extinguir, en cárceles clandestinas, a los que otrora fueran presos políticos. Los gobiernos, únicos responsables de las detenciones-desapariciones, niegan sistemáticamente cualquier información o averiguación seria al respecto del paradero de estas personas. Las pocas víctimas de este sutil método de represión, que han vuelto a "aparecer", describen una situación aplastante de tortura y aniquilamiento físico y psicológico de los cautivos. Desaparecer, en esta forma, es perder toda garantía de supervivencia, toda personalidad jurídica, es estar a la merced absoluta de los captores, como ha sido revelado con tantos cementerios clandestinos en varias partes del mundo.

En los últimos años, surgió otro fenómeno represivo con una violencia especial: el homicidio político a gran escala. Sólo en El Salvador se calculan 36 000 casos de ejecuciones extrajudiciales de 1979 a la fecha; 100 000 en Uganda bajo el régimen de Idi Amín; alrededor de 30 000 en Chile durante los primeros meses del golpe militar; y muchos cientos de miles más en Campuchea, Etiopía o Guinea Ecuatorial, para citar sólo algunos ejemplos sobresalientes. El homicidio político parece ser una técnica represiva favorecida por muchos gobiernos: elimina, de una vez por todas, cualquier forma de oposición política y de paso ayuda a amedrentar a la población, pues en la mayoría de las ocasiones se tiene especial cuidado para hacer del conocimiento público que las víctimas fueron asesinadas previa tortura y mutilación. La aparición de cadáveres en la vía pública o a la orilla de los caminos, es parte de una política deliberada para aterrorizar a los ciudadanos. Solamente en lo que va de esta década han sido reportadas a las diversas organizaciones de defensa de los derechos humanos, casos de ejecuciones extrajudiciales en veinte países de las ideologías más divergentes.

Fenómenos como éstos, que forman parte de la vida cotidiana en tantos lugares, han producido otro fenómeno correspondiente: el desplazamiento masivo de millones de refugiados que huyen de la destrucción, la tortura y la muerte. Los refugiados en el mundo se cuentan por millones y su situación no es un problema transitorio. Todo lo contrario, son la prueba fehaciente de cómo se ha institucionalizado la violación masiva de los derechos a la vida, la libertad y la seguridad de la persona en tantas partes. Ser refugiado en esta época significa, muchas veces, haberlo perdido todo: comunidad, hogar, trabajo y hasta derecho a la vida. Las masacres de Sabra y Chatila, las incursiones permanentes de fuerzas militares en los campos de refugiados centroamericanos o la matanza del Río Sumpul en Honduras, son ejemplos de lo que acontece en algunas regiones del mundo.

Podríamos seguir, interminablemente, con la enumeración de atrocidades, ya que el horror también ejerce cierta fascinación. Pero hacerlo significaría no ver el otro lado de las cosas, el revés de la moneda. Ciertamente, la violación sistemática, deliberada y en gran escala de los derechos humanos es un fenómeno mundial en nuestro tiempo. Aquí no se equivocaba Orwell cuando fantaseaba sobre el aparato indomable del Estado que se reserva el derecho de liquidar a sus ciudadanos como salvaguarda de sus propios intereses. Sin embargo, como toda fantasía, la visión orwelliana de 1984 es unidimensional. No incorpora la posibilidad de una fuerza contraria al terror, de un contrapeso que abogue públicamente por la dignidad humana.

El terror, el genocidio y la represión indiscriminada no desaparecieron con el triunfo de los Aliados sobre las potencias del Eje en 1945 como se creía ingenuamente en ese entonces. En cambio,

hemos visto nacer y crecer, cada vez más vigorosamente, una verdadera comunidad de conciencia respecto a los derechos humanos en los últimos treinta y cinco años. Nada ni nadie puede extinguirla. Los detenidos políticos, reclusos en sus cárceles, desde la de Evin en Irán, hasta el Penal de la Libertad en Uruguay, saben que no han sido olvidados. Miles de personas trabajan activamente para liberarlos y sus captores reciben innumerables cartas y presiones para que se respete la integridad física y psicológica de los reclusos. Los diversos organismos internacionales efectúan misiones de investigación, integran comités especiales, redactan protocolos y presionan de muchas formas a los gobiernos para que respeten los preceptos de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Cada vez más, los esfuerzos de todos estos individuos y grupos se ven recompensados. Los gobiernos ya no pueden prestar oídos sordos a estos reclamos tan fácilmente como lo hacían antes, y se ven obligados a dar respuesta, aunque muchas veces ésta no pase de las evasivas o las distorsiones deliberadas. De cuando en cuando, uno que otro de los miles de prisioneros políticos que hay en el mundo, emerge de las sombras y se reintegra a la vida para recordarnos que hay cientos de miles como él que viven con una esperanza que, a pesar de todo, nadie ha podido destruir.

Orwell subestimó de alguna manera la capacidad de resistencia que tienen los hombres. "Las ideas no se extinguen por la fuerza (escribió un prisionero malayo cuando recuperó la libertad), sólo se extinguen por otras, mejores aún. Perseguir las ideas... es la forma más antigua de la tiranía humana desde los orígenes de la vida social organizada. Confío en que, a la larga, las ideas triunfarán sobre las tiranías." El debe saberlo, pasó largos años de su vida en una prisión, sin juicio ni condena.